Publicado en La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista 39, Buenos Aires, 1994. 

# ¿LONGEVIDAD O SENECTUD?

## El radicalismo: perfil y perspectivas de un partido en crisis.

**por ANDRÉS MALAMUD**

La difícil situación por la que atraviesa hoy el radicalismo no debería causar demasiada sorpresa. Es, simplemente, la consecuencia de una exagerada confianza en el pasado; quien cree reposar sobre las glorias de la historia no se preocupa por los riesgos del porvenir.

El objeto de esta comunicación es oponer, ante los planteos simplistas que adjudican el auge electoral menemista y la caída del radicalismo a la moda, los flujos (y reflujos) históricos o las veleidades pequeño-burguesas de los argentinos, una tesis diferente. Sostendremos, e intentaremos (de)mostrar, que los problemas que hoy afronta el centenario partido de Alem son producto de una deficiente adaptación de la operativa partidaria a los tiempos de la organización y la globalización mundial.

### Origen y evolución de los grandes partidos argentinos

Originariamente surgida como congregación de ciudadanos, con un neto discurso nacional y principista, la Unión Cívica Radical manifestó siempre rigideces estructurales y doctrinarias que le restaron la flexibilidad necesaria para adecuarse a los cambios del ambiente. Entre sus mitos fundantes, "que se rompa pero no se doble" y "que se pierdan mil gobiernos pero que no se pierdan los principios" resaltan como emblemas de un accionar que siempre subordinó le ética de la responsabilidad a la ética de las convicciones. En resumen, una comunidad de fieles que rechazó el pragmatismo como pecado y la ductilidad como herejía.

También debe tenerse en cuenta que, sin desconocer sus peculiaridades autóctonas, el radicalismo argentino es tributario del radicalismo universal; entendido éste como un movimiento civil que se conformó en determinados periodos históricos para enarbolar la defensa de los derechos humanos, las libertades individuales y el estado de derecho.

Este radicalismo tuvo una relevante significación política en países como Francia, Italia y Chile, y en todos ellos corrió la misma suerte: cumplidos los objetivos que le dieron origen, asumidos sus valores por la mayoría de la sociedad o de sus grupos dirigentes, agotó su función de representación social y se extinguió. Este fenómeno se repite cada vez que un sujeto colectivo (un partido político, un movimiento social, una asociación de cualquier tipo) tiene éxito en la consecución de sus fines: la alternativa surgente entonces es reorientar sus metas o desaparecer.

Ante esta encrucijada se halla ahora la U.C.R.. Obviamente, la opción no debería implicar el tirar por la borda los principios fundadores del partido; pero sí ponerlos en sintonía con una propuesta global de sociedad, adecuada a los tiempos.

En opuesta simetría con la Unión Cívica Radical, el justicialismo surgió con una concepción más vastamente pragmática, quizás por el amplio margen de maniobra y la inexistencia de restricciones orgánicas de que gozaba su líder indiscutido. El particular *slogan* acuñado por Perón, "no hay que sacar los pies del plato", es la antítesis del de Yrigoyen: que se doble todo lo necesario pero que no se rompa el movimiento, podría leerse.

Pero además, y ésta es una variable definitoria, el peronismo es un fenómeno **de este siglo** y no **del pasado**, como el radicalismo. Las diferencias que este desfasaje histórico produjo en la matriz originaria de los dos partidos perduran mucho más allá de matices y estilos: básicamente, distinguen a una asociación civil de hombres libres que actúa en una sociedad premoderna, de otra agrupación articuladora de organizaciones que lo hace en una sociedad compleja.

En consecuencia, lo que en algunos casos se percibió como constitutivo del peronismo (distribucionismo, autarquía económica) se demostró más tarde como aplicación de políticas particulares por parte de un actor maleable ante situaciones históricas variables: el Partido Justicialista se adaptó a los cambios estructurales de la sociedad y la economía, en vez de cristalizarse sobre sus cimientos.

En el cuadro que sigue puede observarse una comparación entre los dos grandes protagonistas de la política partidaria argentina, considerando por un lado un terceto de variables agregadas y por otro el perfil original y el actual de cada uno.

**CUADRO NRO. 1: EVOLUCIÓN DE LOS DOS GRANDES PARTIDOS ARGENTINOS**

| | | Origen | Actualidad |
|---|---|---|---|
| Orientación política | PJ | integrador<br>organizativo corporativo<br>conservador popular*<br>aislacionista<br>industrialista | excluyente<br>organizativo laxo<br>conservador popular<br>globalista<br>terciario |
| | UCR | integrador<br>civilista<br>reformista liberal<br>división internac. trabajo<br>agropecuario | ¿? |
| Base social | PJ | proletariado industrial<br>mediana burguesía nacional<br>grupos tradicionales provs. | asalariados urbanos<br>alta y mediana burguesía<br>sectores tradic. provs.<br>sectores medios: profesionales y cuentapropistas |
| | UCR | clases medias urbanas<br>oligarquía desplazada | ¿? |
| Base organizacional (o alianzas) | PJ | sindicatos-ejército<br>(iglesia) | empresariado-sindicatos<br>(finanzas internac.) |
| | UCR | juventud | universidad |

* En este nivel, la clasificación no hace referencia a la coalición social que lo sostuvo sino a las prácticas de reforma social combinadas con firmes pautas de orden político y de respeto a la propiedad privada de los medios de producción.

Los signos de interrogación reflejan, además de la dificultad objetiva para categorizar al radicalismo, la incertidumbre que hoy manifiesta la dirigencia del partido en todos sus niveles.

## Los problemas del radicalismo

La U.C.R. carece hoy tanto de expectativa de gobierno como de poder de fiscalización; es decir, **no es alternativa ni control eficaz**. Esta crisis de función es simultánea con la confusión respecto de su identidad, su *razón de ser* como partido: se ha borroneado tanto su **base social** (¿a quién representa?) como su **orientación ideológica** (¿cuáles son su discurso, sus principios o sus fines?). Estas serias limitaciones deberían conducir, lógicamente, a un debate que tenga como norte la redefinición de su naturaleza; en cambio, la incertidumbre parece haber actuado como un acicate para la acción antes que para la deliberación, impulsando a la organización a pegar un salto hacia adelante; quizás, hacia el vacío.

**CUADRO NRO. 2: CARENCIAS Y DEFICIENCIAS U.C.R.**

| | |
|---|---|
| Identidad (en tanto grupo colectivo) | - Base y apoyos sociales<br>- Orientación ideológica |
| Función (dentro del sistema político) | - Alternativa de poder<br>- Control del poder |

Crisis como la que se describe no sólo fueron sufridas por agrupaciones del mismo nombre en épocas pasadas: contemporáneamente, el descongelamiento de los sistemas de partidos promovido, entre otros factores, por el fin de la guerra fría y el destape de la corrupción gubernamental, ha llevado al borde de la desaparición a instituciones como el partido socialista italiano, el conservador canadiense y el socialdemócrata venezolano, y ha derribado a otros como el demócrata liberal japonés, el demócrata cristiano italiano y el socialdemócrata sueco; posiblemente, el PRI mexicano sea la próxima víctima. A ellos hay que sumar los partidos que condujeron transiciones similares a la Argentina, como el centro español de Adolfo Suárez, y los que con alguna afinidad ideológica como el aprismo peruano hoy son espectros sin vida.

¿Sobre que creencias descansa, en este contexto, la garantía de inmortalidad del radicalismo que sostienen quienes lo conducen? La tradición y la memoria popular no son necesariamente mayores que las que caracterizaron a la mayoría de los partidos precitados.

Desde lo que se ha calificado como bipartidismo imperfecto (en el sentido de dos partidos orientados hacia el gobierno pero que no alcanzan la mayoría legislativa sin el apoyo de fuerzas provinciales), o bien como sistema de dos partidos con vocación hegemónica, el sistema de partidos argentino parece encaminarse hacia un formato de partido predominante, al estilo del que se consolidó en Japón desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta el año pasado. De alguna manera, la vieja hipótesis de Torcuato Di Tella de que el radicalismo es un actor político innecesario parece estar convirtiéndose en realidad.

Pero lo paradojal de la situación es que la decadencia de esta organización centenaria, expuesta visiblemente en la votación del 10 de abril de 1994, fue acelerada por un análisis de situación a nuestro parecer incorrecto, precipitado por un resultado

electoral (el del 3 de octubre) que tuvo su mayor impacto no en el ámbito político-institucional sino en el estado de ánimo de los principales líderes partidarios.

En efecto, una mirada detenida sobre las elecciones de octubre de 1993, a partir de las cuales Alfonsín lanza su ofensiva por la conducción partidaria con un discurso opuesto al sostenido hasta entonces, revela que la U.C.R. pasaba por su mejor momento electoral desde 1987, contrariamente a lo que entonces se evaluó. Como se observa en el cuadro 3, la performance del partido fue superior a la de los dos comicios anteriores (1989 y 1991), **invirtiendo la tendencia declinante que venía sufriendo desde la restauración democrática**.

**CUADRO NRO. 3: PORCENTAJES ELECTORALES PARA DIPUTADOS (O CONVENCIONALES EN 1994) NACIONALES**

| | UCR | PJ | UCR+PJ |
|---|---|---|---|
| 1983 | 48 | 38 | 86 |
| 1985 | 43 | 34 | 77 |
| 1987 | 37 | 41 | 78 |
| 1989 | 29 | 45 | 74 |
| 1991 | 27 | 39 | 66 |
| 1993 | 30 | 42 | 72 |
| 1994 | 19 | 39 | 58 |

Fuente: Dirección Nacional Electoral. Los porcentajes están redondeados a enteros.

Y lo más notable de este hecho es que la recuperación del caudal de la U.C.R. se concretó en una elección legislativa, cuando lo esperable hubiera sido un aumento del protagonismo de terceras fuerzas y un debilitamiento de la bipolaridad. Sin embargo, los factores que produjeron la desesperanza radical fueron la derrota en la Capital y la amplia brecha en la Provincia de Buenos Aires; se obvió considerar que en la primera el retroceso parece haber tenido que ver con la selección de los candidatos, y en la segunda la diferencia no se debió a la caída del radicalismo, que sumó más votos, sino al crecimiento peronista.

Ante un escenario de consolidación del bipartidismo, la estrategia racional hubiera sido la galvanización en torno a un eje de clara diferenciación con el gobierno. La ganancia, además del rédito en credibilidad electoral, habría incluido una victoria política sobre el presidente, que contra la resistencia del *establishment* (expresado entonces a través de Roberto Alemann y Terence Todman) y de las demás fuerzas políticas no podría haber impuesto su criterio. En cambio, al no percibir esta realidad y abandonar voluntariamente el monopolio del espacio de oposición, confundiéndose con el oficialismo -y, al mismo tiempo, dejando crecer a terceras alternativas-, la conducción partidaria no hizo más que ratificar la estrechez de su horizonte de expectativas.

Las consecuencias de este error de juicio pueden ser fatales. Hasta entonces, la incógnita radical era hallar la fórmula para recuperar su vocación mayoritaria sin resignar vocación transformadora: Casella proponía una postura ética, Terragno un enfoque modernizador, Angeloz una versión eficiente, Alfonsín una firmeza militante. Hoy, un rol que conjuga minoría con conformismo parece más cercano a la realidad que otro de mayoría alternativa.

## ¿Qué futuro?

Para escapar de su destino trágico, la U.C.R. debe responderse tres interrogantes cruciales (que vengan a llenar los casilleros vacíos del cuadro Nro. 1): en primer lugar, ¿cuál es su modelo en relación al desarrollo de un nuevo régimen social de acumulación?; a partir de esta definición, ¿cuál es la alianza social que estaría en condiciones, por comunidad de intereses y por potencial estratégico, de llevar a la práctica el proyecto resuelto?; y finalmente, ¿cuál sería la base organizacional con cuyos recursos podría encararse la tarea?. Estas no son determinaciones retóricas, sino, apenas, cuestiones de supervivencia.

La percepción inmediatista de los objetivos del partido, orientando la acción estratégica hacia el recambio gubernativo más próximo, conspiró contra la necesidad de preservar la organización como factor de equilibrio del sistema político. La posibilidad de permanecer una o dos décadas fuera del gobierno, habitual en la mayoría de las democracias occidentales, no pudo ser asimilada por la dirigencia radical pese a que su misma historia la predisponía para ello.

Aunque varios líderes partidarios repiten por estos días la hipótesis de la mexicanización (en el sentido de deslizamiento hacia un sistema de partido hegemónico), la ausencia de fraude y violencia política desmienten tal concepción. Más bien, la dirección del cambio parece apuntar hacia un escenario de partido predominante (según la tipología de Sartori), pero en el que no es la fortaleza del gobierno sino la fragmentación de la oposición el elemento que define la situación. En este contexto, la misión del radicalismo podría haber consistido en posicionarse a mediano plazo como la alternativa dentro del sistema, para cuando el consenso pos-hiperinflacionario que sostiene a las actuales políticas entrara en crisis.

En ese momento, superado el trauma colectivo (o bien agravado, si el gobierno no tuviera éxito en su objetivo estabilizador), las demandas de la sociedad se reorientarían hacia problemas nuevos o encubiertos, como la corrupción o la regulación de los servicios públicos privatizados. Los ejemplos actuales de crisis semejantes exponen dos salidas distintas: mientras en Japón el cambio se dio dentro del sistema de partidos, mediante escisiones y realineamientos, en Italia se desarrolló por fuera, potenciando la crisis de los partidos y favoreciendo la aparición de *outsiders* y extremistas. El compromiso asumido por el PCI con la vituperada "partidocracia", aun tibio y embozado, alcanzó para desprestigiarlo ante la opinión pública, que percibió a su sucesor (el PDS) como continuista.

Hoy, el Pacto de Olivos parece dejar al sistema político sin su factor de equilibrio, ya que ninguna otra alternativa partidaria se halla, a corto plazo, en condiciones visibles de reemplazar a la UCR. En efecto, el Modin y el Frente Grande son, o bien un discurso tradicional enunciado por un carisma autoritario, cuyos dirigentes intermedios emigran al peronismo apenas son electos, o bien un heterogéneo conglomerado con potencial volatilidad electoral. El grado de preservación del radicalismo como actor-estabilizador será el indicador, de aquí en más, de las posibilidades de la política criolla de regenerarse a sí misma o, por el contrario, de sus perspectivas de cambio hacia opciones externas.

Hay ciertas manifestaciones de que este razonamiento habría sido contemplado por algunos dirigentes en el interior del partido. La consolidación de un fuerte sector moderador (lo que no necesariamente equivale a moderado en términos ideológicos), que amortigüe las tensiones entre las fracciones más duras, buscando actuar a la vez como bisagra de los liderazgos extremos y como contención de los afiliados en diáspora, es expresión de la conciencia del riesgo vivido. Es el primer paso: como afirma Linz,

para realizar el salvataje de un régimen democrático (en este caso, el de un partido político) es necesario que exista un consenso mínimo entre los actores relevantes acerca de que constituyen un grupo, y de que la preservación del mismo vale la pena; y a la vez, deben percibir los peligros del cambio como amenaza para todo el grupo y no sólo para una parte. En definitiva, aun quienes quieran revertir la orientación de una determinada organización requieren que esa organización exista.

Sin embargo, es el escepticismo el que va primando. En los pasillos de los comités resuena por estos días un rumor que crece, originado en el refranero de un inefable legislador bonaerense: "este partido duró cien años... porque no lo agarramos antes".